




intravenosa

literatura subcutánea

primavera 09



EL MIEDO HORROROSO HACÍA YA DUDAR DE LAS PALABRAS
DEL VATICINADOR CALCAS,
CUANDO, A LA VOZ DEL DIOS DE DELOS, SE CORTAN Y DESPEÑAN
LAS CUMBRES DEL IDA.
LOS TRONCHADOS ROBLES EN MASA SE DERRUMBAN
Y DE UN AMENAZADOR CABALLO LA FORMA TOMAN.
ALLÍ SE CAVA UN INMENSO ANTRO Y UNAS PROFUNDAS CAVERNAS
CAPACES DE DAR CABIDA A TODO UN EJERCITO.
ALLÍ SE OCULTA LA FURIA, POR DIEZ AÑOS DE COMBATE CONTENIDA:
EN EL ESCONDITE SE APIÑAN, EN ESTA OFRENDA SE CELAN
LOS TRES FUERTES HIJOS DE DÁNAO.

PETRONIO, “EL SATIRICÓN”, CAP 89

intravenosa

Letras subcutáneas

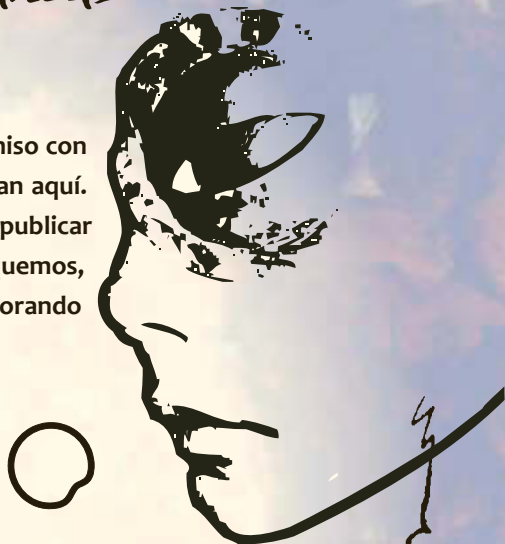
Queremos dejar en claro nuestro compromiso con el valor literario de los textos que se publican aquí. Los Intravenosos no somos partícipes de publicar cualquier trabajo. Puede ser que nos equivoquemos, pero se trata de un proceso que iremos mejorando en cada número.

No porque seamos amigos, compañeros, vecinos, conocidos, cuates, o no tan cuates, publicaremos sus textos. Estos no son los parámetros que utilizamos.

Al recibir los textos, éstos son revisados no sólo por los editores (o sea nosotros); además los revisa un comité de seis compañeros se dan a la tarea de dictaminar y resolver si los textos tienen, o no, valor literario para ser publicados en la *Intravenosa*.

No nos disculparemos porque salió tarde este número: no quisimos cometer los mismos errores que en la anterior; tampoco pondremos una fe de erratas: son cosas que pasan, porque como dice Cesare Pavese “todo principio es esperanzador porque es auroral”.

Así pues, aquí les va la segunda *Intravenosa*. Dispónganse a sacar navajas, cuchillos, tijeras, o lo que usen regularmente ya que las críticas, comentarios, chismes, reclamos, etcétera, serán malvenidos, pero tengan la seguridad de que las recibiremos y las tomaremos en cuenta, si es el caso. Saquen sus ligas y agujas que la *Intravenosa* ya está aquí.





La revista *Intravenosa, literatura subcutánea*, es una publicación trimestral que edita el grupo Los intravenosos, estudiantes de la licenciatura en Creación Literaria de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Las fotografías, imágenes y los contenidos, así como las opiniones que aparecen en la revista, son responsabilidad exclusiva de los autores.

Se permite la reproducción total o parcial de los materiales siempre y cuando se cite la fuente.

Certificado de licitud de título: en trámite.

Certificado de licitud de contenido: en trámite.

Número de reserva de la revista *Intravenosa*: en trámite
ISSN: en trámite

Avenida San Lorenzo
número 290, colonia Del
valle, c.p. 03100, México,
D.F., correo electrónico:
laintravenosa@gmail.com

Intravenosa, literatura subcutánea, se terminó de imprimir en los talleres de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, en el mes de mayo de 2009, con un tiraje de 1000 ejemplares.

ÍNDICE

Con el Jesús en la boca.....	3
La parábola de Orfeo.....	5
Salió de las coladeras.....	13
Cuando estés a solas.....	14
I, II, III.....	15
IV, V, VI, VII.....	16
VIII, IX, X.....	17
Polilla.....	18
Cenizas.....	19
Monte de Palabras.....	20
Un día sin sol.....	21
Escher.....	22
¿Has hablado alguna vez como hojarasca?.....	23
Secreto blanco.....	24
Quizás sueñe.....	26
La orilla.....	27
Caligula.....	30
El animal del deseo.....	32
Carlos de Sigüenza y Góngora: en su novela <i>Infortunios</i> de Alonso Ramírez.....	44
Blues en una taza de café.....	53
Alejarse.....	57

Editores: Enrique Alducin C., José Santiago, Omar Delgado. **Consejo editorial:** Juana Reyes e Ileri Finn. **Asesores:** Carmen Ros, Hugo Hiriart, Javier Vargas de Luna, Xhevdet Bajraj. **Diseño gráfico y fotografía:** Mariela Zavala. **Viñetas:** Dante De la Vega. **Concepto de historieta:** Sombra de pez. **Participan en este número:** Elías Marín Govea, Fátima Gamboa, Jairo Israel Moreno, Kely López Camacho†, Linda Guiza, Pedro Muros, José Santiago, Gloria Cenobio, Ileri Finn, Teresa Dey, Javier Vargas de Luna y Enrique Alducin C.

Agradecimientos (sin ustedes nomás no): Adriana Jiménez G., Armando Alanís, Carmen Ros, Héctor Carreto, Hugo Hiriart, Javier Vargas de Luna, Mónica Lavín, Óscar Martínez, Rosina Conde, Teresa Dey, Xhevdet Bajraj; al Ing. Manuel Pérez Rocha, rector; a Óscar González, Coordinador de Difusión Cultural y EU; a Felipe García, encargado del Taller de impresiones; a la maestra María Rodríguez, Coordinadora de Espacio Estudiantil, así como a todos los y las que laboran en dicho departamento; a Elena Mendoza y Melody López porque son Intragroupievenosas; a los polis y personal de limpieza. Y a toda la raza intravenosa que aportó alguna idea, crítica, manía, etcétera.

Con el Jesús en la boca



Hizo una pausa mientras limpiaba la vitrina. Esa mañana, Liborio se

había despertado con la incógnita acostumbrada. Era imposible imaginar que después de tantos años, luego de haber pasado, día tras día, las cuentas por sus dedos, el rosario le acribillaría su cabeza.

Liborio contempló el manto estrellado, los ojos oscuros, las manos unidas en oración..., y los senos, las piernas, el sexo inmaculado, oculto.

¿DÓNDE ESTÁS?! La pregunta no hizo eco alguno: los muros se la tragaron. Un aullido apretó su estómago. Desafiante, sacó el envase de su bolsillo. Miró el rótulo:

AUXILIAR EN INFECCIONES, ÚLCERAS. DOSIS: DOS CUCHARADAS. SI PERSISTEN LAS MOLESTIAS CONSULTE A SU MÉDICO.

La etiqueta cubría, enmascaraba el contenido del líquido obtenido en una operación furtiva en el mercado esotérico. No fue sencillo decidir. Con los párpados cerrados, murmuró una plegaria, luego bebió un par de sorbos. Habrá sido el sabor a estiércol que penetró en sus papilas o tal

vez algún defecto de la visión menguada por la oscuridad, el caso es que en un par de minutos, Liborio logró descubrir —alrededor de la figura que contemplaba— algo más que una aureola con rayos metálicos.

El jarabe era eficaz; su fórmula se extendió en el organismo como una plaga de langostas sobre un campo de trigo. No hubo tiempo de estremecerse, de pedir auxilio. Liborio cayó de rodillas: su asco rodó entre las bancas de madera, imitando el trazo de la botella que dio vueltas por el pasillo hasta chocar con un santo.

El vómito era incontenible. Mientras Liborio aferraba su estómago con las manos, el peso de las letanías acumuladas en su interior, gritaba, cobraba fuerza, hinchaba su vientre. Un remolino de rezos le brotó en las tripas y ascendió por la escalera de su garganta. De un sólo golpe, aquella marea putrefacta le abrió la boca para volcarse hacia el mundo en pedazos de vidrio, en coágulos y en astillas. El dolor más hondo llegó.

Un polín se asomó entre sus labios. La cruz, con el hijo de Dios a cuestas, emergió con todo su peso. Una hora más tarde terminó el suplicio.

Desde el suelo, los gritos del salvador repercutían en la bóveda. Se le salió el Jesús de la boca.

Durante el último *Padre Nuestro* que se deshacía en sus labios, Liborio contempló su reflejo en el cristal de la Virgen, enseguida se limpió el sudor de la frente, rompió el vidrio, guardó las monedas, se quitó la sotana y corrió ☹



La parábola de Orfeo

Para Israel Baez, hermano



1. ESCUELA SECUNDARIA (interior). SALÓN DE CLASES: GRUPO K. (día)

DANIEL; 14 años; llega jadeante, por la carrera, ante la puerta de su salón. De sus cabellos castaños sacude la tierra del cementerio; toca fuerte. La maestra, inquieta por la hora, interrumpe su apresurada lectura de *Las lamentaciones de Jeremías*. Cuando abre: el puño de DANIEL se impacta en su rostro. Resuena el silencio cuando los bifocales de armazón rosa se estrellan en el suelo. Increí-dulos, los alumnos alternan la mirada entre el DANIEL sentado en el aula y el DANIEL que se abalanza hacia el escritorio de la *miss*. Acaso será una broma. DANIEL echa una ojeada a su reloj. Corre en dirección al pupitre mientras los adolescentes observan boquiabiertos al clon de su compañero vestido con un



Armani terroso. Todo ocurre en segundos. La bolsa de la maestra de civismo vuela por la ventana rumbo a la calle. DANIEL no soporta la espera y mira hacia atrás. Cuenta regresiva. Una explosión rompe los cristales. Triunfante, ante el desconcierto general, DANIEL busca desesperado a EURÍDICE; pero no. No está ahí. Lo recuerdo. Pero ahí estaba. Y entonces dónde. Los gritos de un hombre, lo alertan. DANIEL se asoma. Su novia yace, muriéndose en el regazo de un peatón apenas tocado por las esquirlas, en el nuevo destino que DANIEL había escogido para lanzar la bomba. En la versión número tres del rescate, EURÍDICE, solitaria, de pinta, tomaba una chela banquetera... DANIEL va al baño. Ha fallado. Tiene que intentarlo de nuevo. Apoya su mano en el gélido espejo mientras se muerde una manga del saco: regresar duele. CORTE A: Otra vez el olor a gladiolos y crisantemos. El cuerpo marmóreo de DANIEL envuelto en un *Armani* que oculta las heridas de un proyectil. Termina la misa. Los amigos; la escuela; la familia llorando. El ataúd desciende. Es noche. Un celular suena tres metros bajo tierra. Frank, el conejo, le llama. DANIEL aprieta en su bolsillo el botón del altavoz.

DANIEL: ¿Sí?

FRANK: (GRAVE) 0 días... 6 horas... 42 minutos... 12 segundos. *That... is when the world... will end.*

DANIEL: ¡Anteayer fueron 8 horas!, necesito más tiempo, Frank, así no...

Pero el conejo ha colgado. Con los ojos acuosos, DANIEL pronuncia el nombre de una mujer. DANIEL emergerá del lodo. DANIEL volverá para desafiar al destino, otra vez. EURÍDICE, otra vez. Por EURÍDICE, otra vez.

CRÉDITOS FINALES ◉

Tres razones

No existe mejor hora para trabajar, tres de la madrugada y un puente que cruza un gran río. Sólo tengo tres razones para que yo me encuentre aquí: la primera, porque es la hora en que Dios duerme. La segunda: porque al cliente lo que pida. Y la tercera: en un puente las balas llegan a su destino más rápido y los hombres son más lentos.

No me gusta hablar de las personas que tengo que matar, sin embargo, en esta ocasión sí lo haré: Jesús Bernal. Es un tipo de quijada y boca grande. Lo apodan el Trompas. Aparte de ser así, el Trompas hace gran honor a su mote. Ya iban varias veces que soltaba su bocota con la policía, jodiéndose a varios colegas míos. Todo un personaje, perturbador. Comenzó a hacer daño, y aquí es donde entro. Lo que no diré es quién me encargó despacharlo. Yo no soy como el Trompas. Me pagaron muy buena lana y me dijeron cuándo y dónde tenía que acabar con él.

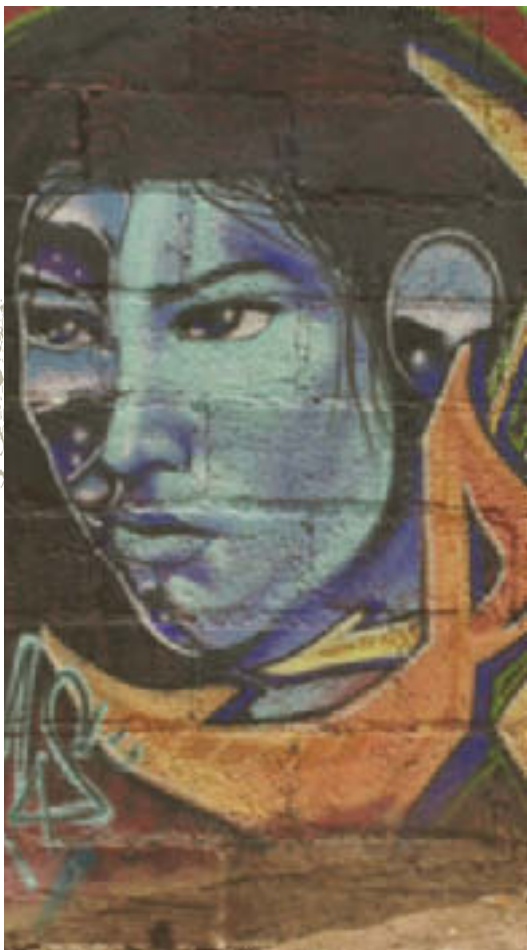
No hay mejor noche. Como las que me gustan: nada de viento, sin luna, ningún testigo. Un gran puente apenas alumbrado con faroles y el ronroneo del río que pasa debajo de mí.

Las tres de la madrugada y allí viene: Jesús Bernal. Camina trastabillando, parece una serpiente. En una mano trae una botella y no sé cuántas más dentro de él. Canta una canción que no conozco, y el maldito hipo que trae tampoco deja que la reconozca.

Varios metros antes de llegar a mí, se detiene y va hacia la cornisa en la que me encuentro esperándolo. No me ha visto. Allí se queda quieto murmurando y viendo no sé qué. Pasan tres minutos y el maldito trompudo comienza a cantarle al río. De pronto, tomándome por sorpresa, el muy estúpido se lanza al agua.

El golpe con el agua me hace reaccionar. Voy corriendo hasta el lugar de donde se ha lanzado. Me quito la ropa, los zapatos y, sin pensarlo, me dejo caer en algo que parece no tener fin. Olvido por completo el complejo





de gato que tengo en contra del agua y que es por tres razones: la primera, porque hace mucho dejé de tomarla, segunda, por traicionera y la tercera porque pronto creará guerras.

Hace mucho que dejé de nadar, no obstante, es como cuando aprendes a andar en bicicleta, una vez que ya sabes, jamás lo olvidas. Voy nadando hasta él como puedo y me las arreglo para llevarlo a la orilla. Al principio se resiste un poco, pero lo logro. Lo dejo boca arriba, respira agitado. Yo hago lo mismo. Acto seguido, me visto con la ropa que había aventado desde el puente. El Trompas sigue tirado en el suelo. Enciendo un cigarro mientras se repone. Lanzo la colilla y noto que Jesús comienza a roncar y balbucea pidiendo una

cobija. Trato de despertarlo llamándolo por su nombre pero no reacciona. Lo abofeteo. Al fin despierta. Se queda tambaleando y resopla:

—Esa... esa maldita... me ha engañado.

—¿Y quién no?

—¿Cómo? —Comienza a toser sin tener clemencia con sus cuerdas vocales.

—La maldita de mi mujer me ha dejado...

—¿Cuándo?

—¿Eh? —Aunque lo he sacado del río y se ha repuesto, no me escucha. Sigue borracho.

—Lo que sobran son mujeres —le dije.

—Claro... eso lo sé, pero como mi mujer no hay otra.

—Sí, claro, eso dicen todos los enamorados, pero créeme, mujeres como la tuya se pueden encontrar en cualquier esquina.

—¿Eh?

—Olvidalo.

El trompudo entona, de nueva cuenta, su maldito hipo. Se levanta y comienza a hipar más fuerte.

—Esa maldita puta... hip... me dejó por otro... hip. Por eso me emborraché.

—¿Para celebrarlo?

—No, para darme valor... hip, de matarme... —De la nada saca control y se queda parado frente de mí, se queda estático, viéndome. De pronto comienza a saltar y luego a sacudirse el agua como un perro.

—¡Hey, amigo, me está mojando!

—Ja, qué chistoso... hip, hace rato me quería morir y ora, ya no quiero. ¿Qué tal, eh?... hip.

—Suele pasar.

Una vez más comienza a brincar y a hacer una especie de ejercicios de calentamiento de algún torpe deporte, se estira de un lado para otro, se agacha un par de veces y levanta las rodillas. Parece todo un atleta.

—Oiga, hip... tengo frío, estoy muy mojado. ¿Qué le parece si nos vamos a tomar unos tragos?

—¿Más? —le pregunto algo sorprendido.

—¡Que se vaya al diablo mi mujer! Anímese... hip. Yo invito

—No.

—Ora. Además se la debo, usted me salvó.

Una vez más ejerce su lado deportista, da saltos en un pie, luego en otro. Abre las piernas, levanta los brazos y los baja hasta tocar sus zapatos con las manos. Sigue salpicándome.

—¡Ah!, hip... lo han de estar esperando. Hip... ¿Casado?

—Cansado, mejor dicho.

—Me cayó usted rebién. Me salvó la vida. ¿Cómo me dijo que se llamaba?



—No se lo he dicho.

Él habla y habla, como si por una extraña razón le hubieran dado cuerda. Lo escucho, más bien, hago como que lo escucho. Se ha dado cuenta de que me está aburriendo y se da por vencido. Me da la mano y después de mil gracias me da las buenas noches.

—Hip, hasta luego, amigo. Deveras, amigo, muchas, hip.... gracias por salvar mi vida, amigo. —Y realmente así se despide, como si fuéramos buenos amigos.

Después de dar unos cuantos pasos, le digo:

—Hasta luego, Jesús. Buenas noches. —Se detiene y gira para no darme la espalda.

—No recuerdo haberle dicho mi nombre. ¿Cómo es que lo sabe?

—Alguien que lo quiere me lo dijo.

—¿Cómo que alguien que me quiere?

—Que lo quiere muerto Trompas, o mejor dicho, Jesús Bernal.

—¿Quién es usted?

—Eso qué importa. —Saco mi revolver.

—¡Demonios! —Dejo salir una leve sonrisa.

—Pero... ¿quién? ¿Por qué no me... —Estoy seguro de que por primera vez en su vida, no tuvo nada más que decir.

—¿Sabe?, quería saber qué se sentía salvar a alguien —le digo, sin dejar de apuntarle.

—Y... ¿qué?... ¿qué ha sentido?

—Frío, Trompas, mucho frío.

Camina hacia atrás, quiere escapar, veo su cara de miedo. He visto ese tipo de expresión decenas de veces, al principio sentía un poco de ternura. Los ojos se les ponen vidriosos. ¡Ja!, qué ironía, el mojado tiene la boca seca. Aprieto el gatillo. La bala lo impulsa para atrás. No tengo que aventarlo al agua, él cae en ella.

El río se lo lleva en silencio. Ya no tengo qué lanzarme para salvarlo. ¿Y saben por qué? Por tres malditas razones ●



“PER ME SI VA NE LA
CITÀ DOLENTE,

PER ME SI VA NE
L’ETERNO DOLORE,

PER ME SI VA TRA LA
PERDUTA GENTE.

[...]

LASCIATE OGNI
SPERANZA, VOI
CH’ENTRATE”

DANTE ALIGHIERI





“POR MÍ SE VA A LA CIUDAD
DOLIENTE,

POR MÍ SE VA AL ETERNO
DOLOR,

POR MÍ SE VA CON LA
PERDIDA GENTE
[...]

DEJAD TODA
ESPERANZA LOS QUE
ENTRÁIS”.

DANTE ALIGHIERI



Salió de las coladeras

Salió de las coladeras
con la mochila llena de aliento
para desafiar su engaño

lo vi
y de sus lágrimas hirviendo
emanaba sed

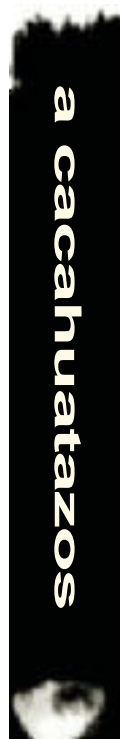
vi su rostro
su andrajo
sus ojos despoblados

lo vi entre los carros
con el cuerpo ahogado
de respirar desprecios

vi su carne
sobreviviendo entre la mierda

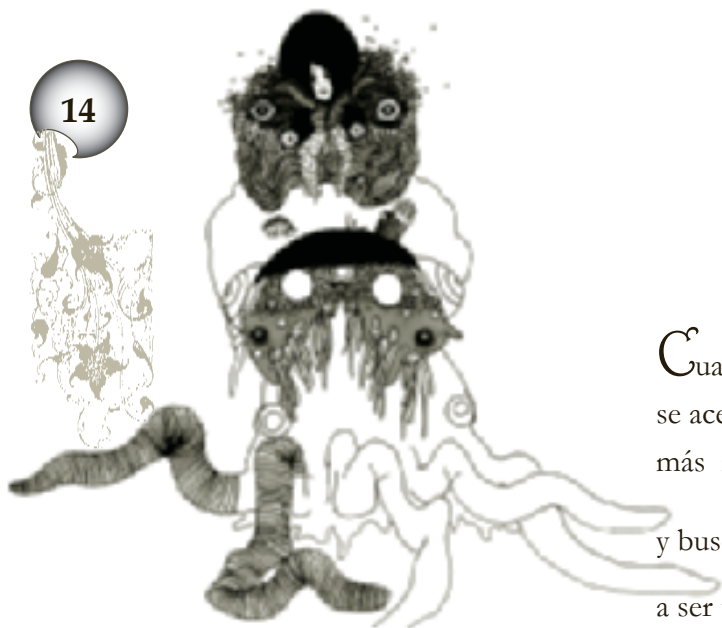
lo vi limpiarse los ojos
de tanto polvo
amarrarse las agujetas del hambre
y dormir en las cenizas

fue su vida
y luego de su vida
me vi en él.



Cuando estés a solas

14



Cuando estés a solas
se acercará a ti
más más cerca
y buscará el camino próximo
a ser tuya

sus senos clamarán por tu mirada
tal vez los acojas
como hojas secas

más cerca
y tus labios entrarán
a saborearle el alma

pero ¡Ah de ella!
si entre sueños y rosas
te encuentra
y otra vez se encuentra a solas.

I

En esta reciprocidad de alientos
uno verde

el otro inquisidor
expando el iris del recuerdo
y escucho los ecos
de risas infantiles

II

El viento echa una carcajada de pájaros
los árboles se alborotan
el cerro ríe con labios verdes

los pensamientos brotan
en tierra fértil

III

acoge el monte
el canto de la urraca

sobre un girasol
dos chapulines se acoplan

abajo se ve el pueblo

el sol le pinta
la sonrisa del domingo





IV

Mediados de septiembre
los girasoles
pintan el cerro

dos golondrinas
se persiguen en la risa

V

El tezontle susurra
bajo mis pasos

gritos con pico y alas
cosen el cielo

el canto de las urracas
llueve sobre los pinos

VI

Los cerros pensaron nubes negras
el rostro del horizonte
se ensombreció
por la lluvia

VII

Cinco alas
golpean el cielo
como martillos negros

amarilla sangre
el ojo
del ciervo muerto

VIII

La tormenta
pulsa un acorde
de relámpagos

lo árboles danzan
en azul

IX

Es otoño
y los chapulines aún se aman
entre los tallos secos

X

los huesos juntan la boca del aire
y se lamentan

cómo rasgan
las ramas desnudas
el cielo

¿puede un anhelo errante
más que el supremo olvido?



Polilla

In memoriam

18



Siempre te he visto así
con ese caparazón
nácar blanco
engañando tu mente

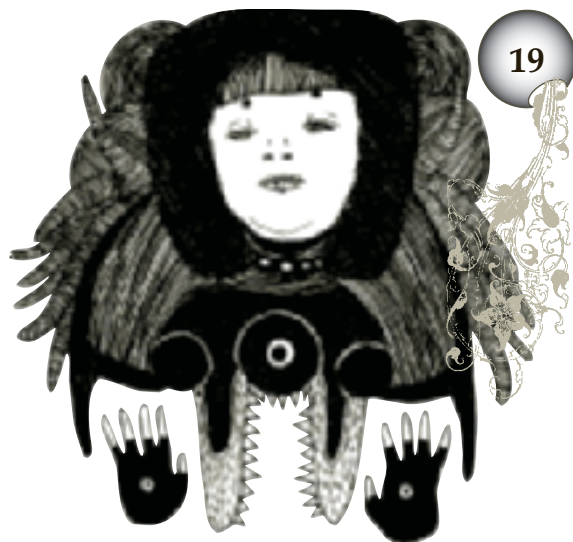
te he visto driblar mi mirada
engendrando raíces de miedo
vislumbrando temor de ser
reconocida entre los muertos

¿cómo puedes esconderlo?
enséñame a ser como tú
a reírme de ti como lo haces
con los demás

¿crees que te ves bien allí?
amodorrada entre esas revistas
leyendo tu horóscopo que te dice
“hoy llegará tu príncipe azul”

sigue así
perdiendo la lozanía de tu piel
mirando la TV y viendo a la calle
sintiendo el vacío reptar por la barda.

Cenizas



Acostumbrábamos
platicar
tomar café

sobre la mesa
libros, periódicos
nuestros sueños
moribundos

tu silla se cubre
de una bocanada de humo
y un cenicero es el ataúd
de nuestras cenizas.

Monte de Palabras

20



Para hablar de ti, tendría que habitar tu nombre y tu escritura; el país de pájaros mutilados que deambulan en cada una de tus noches. No sé de formas y sin embargo, eres el puente donde la distancia apareja el destino, una callada pradera donde el sol tiende sus escombros.

Te miro y tu sombra deja al viento un leve rumor de alas, una frontera cenicienta donde mis ojos retoman el vuelo. No es necesario conocerte para caer en el follaje incendiado de tu garganta. Para hablar de ti, tendría que conocer una cascada invadida de silencios, un monte de palabras y un puñado de semillas floreciendo en mi boca.



Un día sin sol

21



Un día con la mirada a ciegas
Dejé que las letras cayeran
Sobre el mimbre de la cuna
Y en ellas floreciera el insomnio

Dejé que su canto no se escuchara en mi memoria
Y la belleza de su imagen se fragmentara en diminutos pedazos

Un día sin sol
Las vocales adornaron mi frente
No me importó la luz
Porque una frase se incendiaba en mi mano

Escher

22



He descubierto un ejemplo
más de concordancias.
Entre las nubes las aves van al este.
Extendidas en su diálogo aéreo
las multitudes se avecinan
mediante trinos y torcas de inercia.

Veo cómo las direcciones se mutilan
en murciélagos y gorriones,
en la ciudad de los presagios las bombas
¡Achtung! ¡Achtung!
en el planisferio del miedo.

En medio de la calle,
un niño juega
a empujar su sombra.

¿Has hablado alguna vez como hojarasca?

23



¿Has hablado alguna vez como hojarasca?
He pisado su carne desarmada,
es octubre tejido por alambres,
¿Sabes cómo nacen las primeras sílabas del agua?
El hueco de un árbol
es la parte más antigua,
es la boca que respira sus secretos.
¿Has mirado despeinarse el celaje
y en la piel de la tarde dibujarse una acuarela?

La ofrenda de la lluvia resucita.
Con un crayón de diamantina se dibujan los planetas
se acurrucan las mareas...

El sol es un huevo
que se fríe en la cacerola azul
frente a mi ventana.

Secreto blanco

24



Tus ojos manchas nocturnas en el rostro
Arrasaron las plumas de un pájaro muerto
Se escondieron en una mano que dejó de tejer tortugas en tus camisas
Bajo la tormenta de una caricia
(la última)

Esperan el semblante de un miserable que no supo nombrarte

Los dedos más quietos que una rama seca de espino

se entretejen con tus Sombras
(La luz del día no es suficiente)

Dedos-Gusanos de alas silenciadas que se secan en un lienzo
Retornarán como promesa
Carcasas de colores intensos donde la lluvia no llega

Una tarde música de órgano
Mis angustias inundaron mis respuestas equivocadas

Modularemos una canción mirando el cuerno de un rinoceronte
secreto blanco que escondimos
(en una mirada de complicidad)

cuando tú despertabas
y yo comenzaba a dormir

tu dedo señaló hacia la ventana
un colibrí rojo rompió la tarde

El indulto
Será una mano en la mejilla

Una mirada en la mirada
Una frustración en el reclamo
Una confesión en la espera
Como lágrimas sin sabor de mar



Quizás sueñe

26



Qué he de decirle en la agonía de un día quebrado

Que la noche es fría que la luna muer(d)e

Que usted llaga llega insultando el júbilo de una tarde de primavera

La aurora es un pretexto para que la tarde incendie el sollozo

Usted no está más

Sus párpados semejan dos luces dulces como canarios muertos

Un perro ladra gime quizás sueñe

Usted no lo escucha

Usted duerme en silencio entre sombras Azules

Par(t)a usted

Que las nubes aún no tiñen sus sueños blancos

La orilla

Ahora, ella trota, más que caminar corre. Él había matado sus sueños y a ella no le quedaba más que avanzar. En realidad siempre estuvo sola. La luna ilumina las huellas que deja por la orilla de la playa. No carga gran cosa: un morral que cuelga de su brazo. Marcha aliviada de un extraño mal, así lo siente porque no pudo decir ninguna razón que suene lógica. Camina sin rumbo.

Él estaba lejos, pero muy lejos de ser parte de sus sueños. Los años que vivieron juntos, habían sido una prisión. Ella no soportaba las paredes, con un hombre al que ella miraba con desconfianza y cuando alguna vez se encontraban sus miradas, él decía:

—No me mires con esos ojos, me lastimas.

Él sabía que cuando ella guardaba silencio, éste se tornaba insoporable, y ella era capaz de contener todo en ese silencio. El amor para ella no significaba nada, a su lado las noches fueron forzadas, sin ganas, él era un hombre que parecía satisfecho. Ella lo veía como un niño siempre pequeño, con una falta de voluntad que para ella era intolerable.

Él la retenía en sus paredes, como si fuera un objeto más. La poseía en silencio, mientras los perros ladraban en la calle.

Si alguien la viera tendría que ver muy adentro para saber qué es lo que le pasa, lleva un destierro en la mirada. No hablaba con nadie, sólo con él, se había convertido en su todo. Ella se lo reprochaba sólo con los ojos.

Quienes la reconocían en la calle, hurgaban, tratando el solo de buscarle la felicidad, los hijos, la edad, a qué se dedicaba. Ella odiaba esas miradas. Había aceptado no lidiar con ellas, porque “no vale la pena explicarles que yo no quiero esa vida.”

Ella tomó su ropa y esperó a que él llegara: “Me voy.” Dijo mientras él se sentaba en el sillón. Él sabía que era inútil hablarlo, ella siempre se





había aferrado a la soledad. Él sentía que ella nunca había sido suya, que la había retenido con ilusiones que nunca se concretaron.

A ella sólo le quedaba irse. Estar sola, soñar, marcharse a donde nadie la conociera, donde esas miradas que pudieran observarla, ya no le preguntaran por sus años o si tenía hijos o no.

Ahora camina. La luna brilla. Ella se sabe completa, huye rescatado su soledad, se va con ella; ahora ya no le asusta. Avanza recta, firme, esbelta en la noche, siempre sola. Parece un ser extraño, completo. Camina soñando, teje otro mundo, inventa una realidad que pueda ser alcanzable. El viento revuelve sus cabellos.

Una sonrisa se deja ver en su rostro, “cómo pude vivir con un extraño, un ser que vive encerrado en un mundo de cuatro paredes, con los mismos libros, las mismas cosas, como si fuese un sol indiferente, con las mismas palabras. Paredes húmedas.” Al fin, todo aquello formó una sola imagen. Camina como si las hojas de los árboles y el viento se lamentaran con ella.

El sol apenas y se asomaba tímido como rehusando entrar por la ventana, los libros llenos de polvo. Él siempre sentado en su sillón, fumando y cantando: *déjate caer, el cielo está al revés*. Su canción. Solo él puede habitar esa casa, todo es suyo, todo lleno de su olor; ella se había hecho una sombra en esa casa, era necesario huir, escapar antes de que se perdiera en esas cuatro paredes.

—¿Cómo te fue en el trabajo? —preguntaba ella.

—Bien.

Ella siempre intentó contarle algo para interesarlo, él miraba todo con indiferencia, como si lo que ella le pudiera decir sonara ridículo, innecesario.

Él creía que lo único que los podría salvar del silencio era un hijo, ella siempre se negó a tenerlo, no soportaba el hecho de que él justificara su existencia con un hijo.

Ella no lo pensó más, tomó su ropa, que era lo único que era de ella en esa casa, esperó a que él entrara y salió. Sin un lugar para llegar. Con lo que verdaderamente le pertenecía: su soledad. Por fin, sus treinta años le habían enseñado algo: a no desistir.

Él estaba en el sillón fumando, y esta vez se quedó pensando si él había tenido la culpa o tal vez los dos: “no lo sé”, y comenzó a cantar, *“el cielo está a mis pies, despídete otra vez, porque no pienso volver, la vida es imprecisa, déjate caer.* La había dejado ir porque en realidad no le interesaba. Él sólo le había ofrecido su ser callado, enfermo, paranoico, celoso, y sabía que era imposible

decirle: quédate. La había perdido desde hace mucho tiempo. Vio que en los primeros meses ella era callada, tenía su cara triste, sin palabras, sólo las necesarias para que él no se fastidiara. Únicamente se comunicaban con miradas y largos silencios y alguna que otra frase entrecortada.

Habían construido su soledad, su silencio, en donde ya no cabían los dos, y en el que tampoco había lugar para el ser que ella traía en su vientre



Calígula

30

Su nariz ya estaba acostumbrada al olor de la sangre, nada le parecía más común que posar sus lánguidos pasos sobre aquél líquido viscoso que abundaba en su hogar.

La noche aterrizó suave, sobre el lecho, para anunciarle que su vida lo esperaba afuera, entre penumbras. Calígula dio un salto hacia las sombras para reunirse con ellas, como cada noche y hacerles el amor. Vagaba por las calles de bar en bar esquivando los charcos, hijos pequeños de la madre lluvia, pues odiaba el agua; sin embargo, desperdiciaba gran parte de su tiempo en mirar llover desde la ventana de su habitación, eso lo apasionaba, aunque la mayoría de las veces se quedara dormido, víctima del arrullo del agua al chocar contra el cristal.

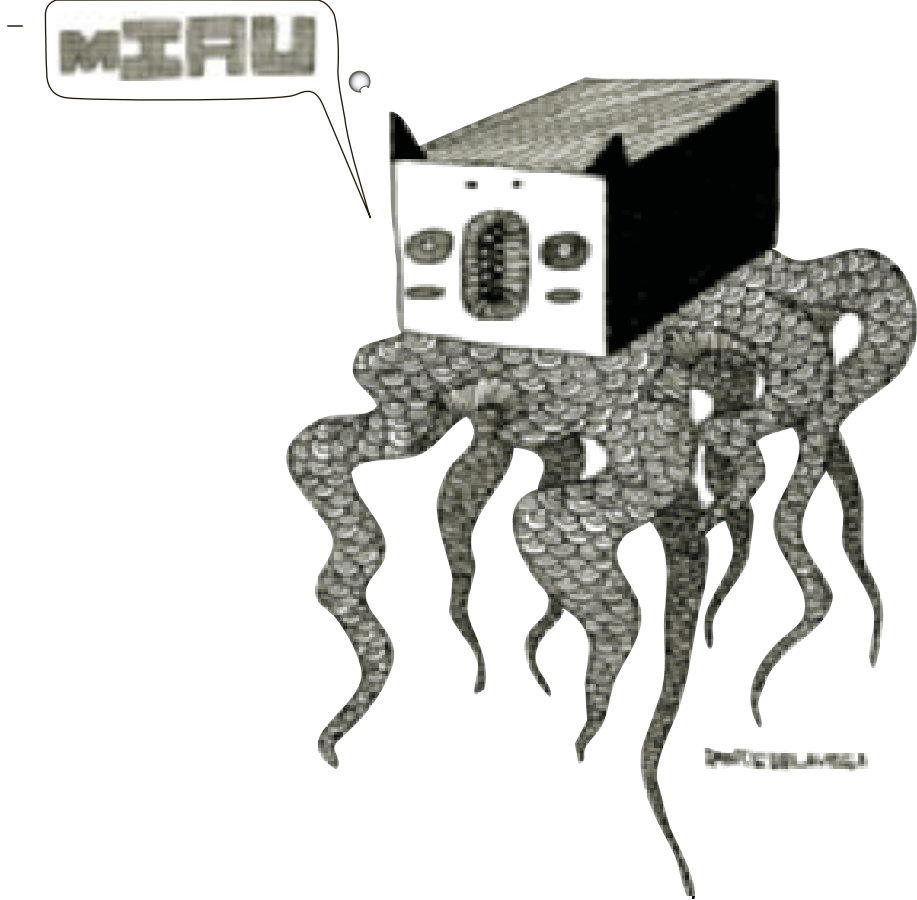
“Mécete sobre la cuna de mi depresión y despierta sobre mi cuerpo inerte, mécete sobre la cuna de mi depresión y despierta...” Recitaba Blanca una y otra vez en la habitación contigua. Calígula la escuchaba morbosamente. Calígula la amaba, pensaba que él no sería nada sin ella, no le importaba su histeria ni su aliento insano, de ningún modo le reclamaba sus constantes ausencias mentales, mas la extrañaba en secreto. Le encantaba lamer sus amorfas piernas y rozar sus flácidos senos; amaba también de ella, su obsesión enferma por la sangre. Blanca era su vida, su amiga, su madre, su amor y su compañera, ella lo mantenía vivo, rebosante de energía; y él le había dado la fuerza para enfrentar el mundo, desde aquella ocasión en que se encontraron en un noctámbulo callejón a tres cuadras de la muerte...

Blanca corría desesperada. Su madre detrás de ella la perseguía amenazante, llevando en la mano lo que antes fuera una botella completa. Blanca sudaba frío. Su madre ebria sudaba alcohol añejo. Blanca huyó hacia el callejón. Su madre desistió y pensó que era mejor dejarla ir, nunca más la retrasada mental sería una carga para ella. Nunca más Blanca sería obligada por su madre a tener sexo con los carniceros que frecuentaban los bares nocturnos de la zona.

Calígula advertía todo aquello, recargado en una pared enmohecida, doliéndose de las heridas que una riña le causara minutos antes de que aquella diosa vestida de rojo apareciera en su vida. Escondida tras el esqueleto oxidado de un carro, Blanca lloraba. Sus lágrimas eran desmaquillante salado que pintaban surcos oscuros en sus mejillas redondas, pintadas con colorete corriente de “chica coqueta”. Calígula se acercó a ella para siempre.

Blanca también amaba a Calígula, de hecho era lo único que había amado en toda su vida. Cuando cansada de destripar animales, y esparcir la sangre por todos los rincones de la casa, se dirigía llorosa hacia el balcón a fumarse un cigarrillo y a beber vino barato, él siempre la miraba silencioso e impassible, y las más de las veces la consolaba postrando su cabello negro sobre el vientre de ella.

—Ven, Calígula, vamos a cenar... la carne aún está fresca.



El animal del deseo

32



Renunció Fidel. En un breve comunicado informa su separación del gobierno cubano por motivos de salud y hereda el cargo a Raúl, su hermano. Fidel, Fidel, qué tiene Fidel, que los americanos no pueden con él. Fidel Castro es un personaje que siempre ha movido en ti emociones contradictorias; sientes que su renuncia cierra el último resabio de aquel idealismo socialista que te marcó durante algunos años. No sabes si burlarte o maldecir. La nostalgia se te mece entre la garganta y el pecho. Se apilan imágenes, sensaciones y recuerdos guardados quién sabe dónde. Aparecen las calles de la Habana, los rostros oscuros de los viejos, los niños pidiendo dulces, los autos de los cincuentas, las flores estampadas en todas las telas, como si los tonos lisos fuesen más calientes, el gesto despectivo de Marco; y como telón de fondo el rostro de Fidel rodeado por aquellos seres pintados por Ever Fonseca...

Conociste a Ever en El *Floridita*, el restaurante donde se inventó el Daiquirí. Ever es un pintor cubano tan reconocido como para tener obra

en exposición permanente en el Museo de las Bellas Artes de la Habana. Mientras él devoraba con fruición un buen plato de camarones, describía los logros de la Revolución Cubana para una audiencia conformada por Marco, Roberto, María, Juan, tú y varios de los meseros que no se perdían palabra. Fue muy notorio que cuando el artista bajaba la voz, se acercaban tanto a la mesa que dejaban clara su comisión de fisgones oficiales. Mientras tanto el artista gesticulaba ampliamente entre bocado y bocado y sonreía como un niño travieso cada vez que hablaba de todo lo que los yanquis no habían podido lograr en su lucha contra el *Pueblo Cubano* (así con mayúsculas, como nombre propio); parecía un chiquillo enfundado en el cuerpo de un hombre, a quien la piel comienza a quedarle grande, aunque conserva la certeza de que la magia existe.

En aquellos tiempos Ever era un hombre alto y delgado de cabello crespo, con la piel requemada por el sol, que usaba gruesos lentes con un cristal estrellado. Sujetaba el armazón de los anteojos con una liga delgada para



una sensibilidad que descubriera detalles invisibles para ti, por si fuera poco, la expresión tan sensorial, tan de piel con que se explicaba fue seduciéndote progresivamente. Ever estaba de veras agradecido por la invitación a comer tan bien y sin restricciones. Juan era su *dealer* en México y decidió llevarlo a convivir con “estas dos parejas de viejos amigos mexicanos con quienes coincidió en el hotel”; el pintor no hubiera podido siquiera traspasar el umbral del Floridita sin ir en compañía de algún extranjero, mucho menos pagar la cuenta en dólares, cuando se suponía que los cubanos no tenían acceso a ninguna divisa extranjera. Cuando te enterabas de esas cosas no podías comprender por qué el maestro Fonseca era tan devoto a Fidel.

obligarlos a permanecer fijos sobre la larga nariz de moro. Recuerdas cómo te conmovió verlo paladear las viandas con una avidez tal que literalmente limpiaba el plato chupándose los dedos. Hasta ese día, tú nunca habías hablado tan en corto con nadie que hiciera arte como manera profesional para ganarse la vida; jamás te habías expuesto a

En reciprocidad, Ever los invitó a conocer su obra y a tomar café. El pintor vivía en una casa vieja de techos altos —como todas en la Habana—, con dos puertas a la calle que permanecían eternamente abiertas. La obra pictórica ocupaba las paredes de principio a fin. Aquella selva fantástica que atrapaba a una multitud de seres ovaes iba en una gama de tonos azules y verdes desde



el cobalto hasta el índigo y del amarillo áureo al naranja rojizo. De tanto en tanto se hacía un vacío de color, cuando se interponía algún diploma de participación en muestras internacionales. Se te había enchinado la piel al entrar. Suponías que un artista que tuviera obra permanente en un museo tan importante como el de Bellas Artes en la Habana, tendría que vivir en una casa mejor. Por otro lado te cautivaba su sencillez y su obra te tenía asombrada. Era inevitable que la vista quedara presa como una mosca entre la colorida telaraña. El artista comenzó la visita guiada:

—Este es el Rapto de las zihuapas —dijo para explicar la pintura que veíamos en ese momento.

—¿Zihuapas? —preguntó María.

—Son unos seres de la mitología afrocubana —intervino Juan, que se había familiarizado con las historias que rodeaban la obra como parte de la estrategia de venta—. Pregúntenle a Ever, cada cuadro tiene su cuento.

El pintor se hizo el desentendido y pensaste que más tarde le preguntarías a Juan. Te asombró tanto el universo del artista, que el mundito de negocios de tu marido te pareció tieso, aburrido y gris... Se te atoró

la saliva cuando pasaron al siguiente lienzo: representaba a una invitante mujer desnuda con enormes senos rematados por pezones oscuros, que iba transformándose en árbol de la cadera hacia abajo hasta mostrar las raíces a flor de tierra; ella miraba fijamente y con una expresión de inmenso deseo el pene erecto de un caballo que mutaba en hombre desde el plexo solar hasta los pies.

No se trataba de un centauro, era exactamente lo contrario, un caballo con piernas y sexo de hombre. Algo tenía esa pintura, que no podías despegar la mirada de aquel soberbio miembro añil. Envidiaste la libertad en la expresión de ella y su disposición al gozo; sorpresivamente, un ligero aguijón depositó en medio de tu pubis una descarga de placer. Te tomó tan desprevenida que hasta te mareaste. Tú siempre te habías hecho la difícil, te habían enseñado que así debía de ser. Además, hacía muchos años que Marco y su panza dejaron de parecerte incitantes. Por si fuera poco, las múltiples mezquindades de tu marido terminaron por enfriarte cualquier cosa que alguna vez hubiera estado tibia. Te preguntaste hacía cuánto tiempo que no sentías algo así.

—Este lo hice para una exposición de arte erótico —explicó Ever—.

Son una zihuapa y un jigüe listos para la seducción, pero que cuando se dan cuenta de que son seres de la misma especie, reculan— le brotó una risita pícara al notar que te habías ruborizado y te costaba mirarlo de frente. Para tu fortuna María llamó su atención.

—¿Qué es una zihuapa? —urgió María, moviéndose instintivamente a la derecha como para tocar al artista y extraerle los secretos. Tú generalmente eras más tímida, con mayor razón esa tarde, te habías quedado petrificada de vergüenza, te sentías incómoda, pero no acertabas a identificar la razón. Así que sin querer cerraste un círculo donde Ever quedó atrapado.

—Ya te cercaron —intervino Juan, desde el sillón más alejado de la sala —anda, cuéntales.

—Bueno —empezó Ever, pasándose la mano por encima del cabello, como pensando qué iba a decir—, las zihupas y los jigües son espíritus mágicos que por la noche toman la forma de bellos hombres o mujeres, para así poder amar a los humanos y arraigarlos a la tierra. Una vez cumplido su cometido, retornan a su estado natural

como árboles, piedras o animales...

En el aire flotaba el ambiente pesado y bochornoso del Caribe, sudabas ligeramente, sentías que la ropa se te pegaba a la piel, la rozaba y la hacía despertar. Empezabas a comprender por qué te habían dicho que los cubanos eran tan ardientes. “Es el clima”, pensaste, y ahora resultaba que el calor te estaba afectando a ti también. Te estaban naciendo unas ganas desconocidas de tener una aventura, de convertirte en sujeto y objeto de seducción en forma de jigüe, zihuapa o mujer. Pero eso no podría ser, porque ibas con Marco Antonio y él se encargaría de convertirte en un ser invisible y tú lo permitirías para echarle la culpa de tu frustración.

—Nosotros también tenemos de esos —intervino Marco Antonio en voz alta—, ¿cómo se llaman?

Generalmente te pasaba inadvertido el hecho de que tu marido no supiera vivir sin ser la atracción principal del circo, aunque fuera para manifestar su ignorancia. Pero esa tarde lo odiaste a fondo, hubieras querido callarlo de manera humillante, pero no sabías cómo.

—Nahuales —contestó Roberto en un murmullo.





—Shhh... Cállense, no interrumpen, oigan lo que está diciendo —María los llamó al orden, tú sólo lo miraste con rabia y el te ignoró.

El artista continuó su relato mirándote de reojo:

—Por eso aunque no quieras, una vez que te han tocado, amas lo que representan.

Bajó la voz y terminó la frase en un susurro, como si estuviera develándoles algún arcano. Tu vista se desviaba una y otra vez hacia la pintura del árbol y el caballo rampante. Allí había algo que no lograbas definir, pero que te inquietaba el cuerpo.

Cuando el artista terminó la frase, todos se habían acercado tanto a él para escucharlo que el calor se hizo asfixiante. Se quedaron en silencio esperando que continuara, pero Ever cerró los ojos, suspiró y abrió los brazos como dando a entender que nada más podía decirse. Sentiste que en este movimiento su brazo te rozaba un pezón y la descarga de humedad se repitió. Retrocediste asombrada y con culpa. De inmediato buscaste con los ojos a Marco Antonio, te tranquilizó verlo distraído con el desnudo de una zihua-pa ocre escondida tras las ramas de un peral. El mutismo se prolongó unos

segundos más, hasta que Juan intervino en son de broma:

—Ya sé, entonces Fidel es un jigüe.

La respuesta de Ever fue una saeta:

—Sí, sí es un jigüe y dueño de toda la espiritualidad de la isla y es el padre de todos; y a final de cuentas, Fidel es Fidel —dijo en cascada, sin dejar lugar a dudas. Su acento tenía una connotación casi religiosa, como en aquel pasaje de la Biblia en que Moisés se encuentra la zarza ardiente y le pregunta quién es, y Jehová responde: “Soy el que Soy”.

—Por cierto —añadió Juan mucho más curtido frente a las respuestas del pintor—, Fidel da audiencias papales a grupos. Ustedes pueden ponerse de acuerdo con otros mexicanos o anotarse en el hotel para reunir una tropa y así podrán conocer al mito en persona.

—No, qué güeva —escupió Marco—, yo no vine a Cuba a ver a ese güey, qué le voy a ver al barbón del puro que les tiene a todos tan sorbido el seso —soltó con una carcajada procaz.

A Ever le brillaron los ojos, no supiste identificar si de desprecio, de tristeza o si se había sentido humillado por el comentario de tu marido, tú sentiste un hielo resbalándote por la espalda. Cuando el pintor volvió la

vista a ti y leyó tu vergüenza, sonrió con algo que tú interpretaste como compasión. Le devolviste una mirada larga y suplicante. Juan se limitó a mover la cabeza en sentido negativo.

Indignada, hiciste acopio de voluntad y te acercaste a Marco:

—Acuérdate que estás en casa ajena, Ever no es Roberto, esto no es un juego verbal, lo menos que puedes hacer es respetar la ideología de tu anfitrión.

Hubieras querido desaparecerlo, a estas alturas ya no sabías si estabas tan enojada por esa respuesta o por todos los años que te habías callado. Estabas temblando de rabia.

Roberto lo percibió, así que intervino de inmediato:

—Oye Marco, das pena ajena, ora sí te pasaste, qué va a pensar Ever, que en México no enseñan buenos modales. Yo sí quisiera conocer a Castro Ruz y estoy seguro de que ellas también. ¿Que no? —preguntó dirigiéndose a María y ti. Ambas asintieron. Así que Marco tuvo que capitular. Era incapaz de ofrecer una disculpa, por lo que prefirió quedarse callado. Sabía que como de costumbre alguien saldría a salvar la situación.

Fue Roberto, su amigo de siempre

que intervino tratando de romper la tensión:

—Tus figuras son muy... cómo decirlo, atrayentes y los colores, sensoriales. Pero a ver explícame, ¿tienes que hacer el amor con uno de ellos para que te embrujen?

—No te embrujan, te encantan que es distinto. Existen muchas formas de hacer el amor —dijo el artista con un dejo misterioso—, a veces con el deseo basta. Las zihuapas y los jigües se dan sus mañas... —declaró mientras te lanzaba una rápida mirada como de complicidad. Estabas confundida y te preguntabas si Ever había podido adivinar la humedad entre tus piernas. “Es imposible —pensaste— creo que más bien bebí demasiados daiquiris.”

—¿Y por qué no pueden hacer el amor las zihuapas con los jigües? —preguntó Marco Antonio con el afán de integrarse de nuevo.

—Sí pueden —respondió Ever—, sólo que no les conviene; su misión es conquistar a los hombres y mujeres y enamorarlos de la tierra. Además, ellos se nutren del placer que provocan.

—Así que abusados con las mulatas del Tropicana, qué tal si son zihuapas, ya no van a querer irse —Juan comentó en broma.



—No hay peligro —contestó Marco Antonio, señalando a María y a ti—, trajimos tortas. Además, quién querría quedarse a comer exclusivamente arroz y frijoles —le dijo en un susurro a Roberto.

Definitivamente Marco Antonio no tenía remedio. Hace tiempo que lo sabías, pero te costaba trabajo aceptar tu parte de responsabilidad en aquello.

—Pero todos tienen escuela, y salud pública —respondió Roberto retándolo.

Desde que llegaron a Cuba, el *tour de force* entre Marco y Roberto había consistido en defender posturas antagónicas con respecto a la revolución y a Fidel. Así que a la menor provocación se trenzaban en discusiones bizantinas como si la vida les fuera en ello.

Lidia, la hija mayor de Ever, llegó en ese momento con humeantes tacitas de café molido con garbanza; la mezcla para cubanos, el café puro estaba destinado a la exportación y el turismo. La joven se impresionó por la vehemencia de la discusión entre Marco Antonio y Roberto. Ellos tuvieron que explicarle que eran viejos compañeros de universidad y que esa



era su forma de divertirse. De pronto Lidia miró el reloj, se levantó y comenzó a moverse nerviosamente, como sin saber qué hacer.

—Ya la incomodaron con tanto pleito, ¿ven? —les dijiste en un tono tan tajante que enmudecieron. Tú misma te sorprendiste del resultado.

Lidia se veía apenada y tímidamente dijo:

—No, no se preocupen. Lo que pasa es que está por comenzar la telenovela y hoy se acaba. ¿Podría dejarlos un momento para ver cómo termina?

Como Ever se inquietó también, ustedes le pidieron que acompañara a su hija para enterarse si el mundo quedaba en orden. Aceptó. Tú aprovechaste para preguntar por el baño. Estaba en el primer piso, en medio de las recámaras.

En minutos se hizo el silencio, por la ventanapuerta entraba como en eco el sonido de los televisores de todas las casas de la manzana que veían el final de la telenovela también con las ventanas y puertas abiertas. Parecía como si la ciudad entera se hubiera paralizado.

Casi de inmediato subiste para buscar el tocador. Acababas de bajarte la pantaleta cuando viste que se movía la cortina de algodón estampado que servía de puerta, escuchaste un carraspeo masculino, adivinaste de quién se trataba. Te apresuraste a salir. El pin-

tor te esperaba. Te indicó que guardaras silencio anteponiendo el dedo índice sobre sus labios. Lo miraste con el aliento entrecortado. El hombre tenía la mirada fija en tus ojos. Se acercó y percibiste su olor salado y agrio. Ever no respondía a tu definición de hombre guapo, sin embargo te atraía su mirada, la dulzura de su voz, el acento cubano, pero sobre todo esa personalidad romántica de artista revolucionario. Su congruencia te excitaba. Nunca habías conocido a alguien como él. Deseabas que te besara y que intentara acariciarte; el miedo a que los descubrieran te enardeció más. Querías que introdujera su larga mano entre tus ingles y te tocara. Pero sólo te tomó del brazo y te condujo hacia otras escaleras que conducían a su estudio en la azotea y ni siquiera intentó bajar la mano hacia la cintura.

—Quiero enseñarte algo, porque tienes los ojos verdeazules de zihuapa adolescente— te dijo en un susurro que te sonó más bien fraternal. Te sentiste idiota y ofrecida, ¿de dónde habías sacado que Ever quería seducirte?, seguramente del aburrimiento de dieciocho años de casada con Marco Antonio. Subías flagelándote y maldiciendo tu imaginación, además por qué ibas a





gustarle tú, si también estaba María...

Su estudio era una especie de co-
bertizo con dos paredes, una a todo
lo largo y otra a lo ancho; los otros
flancos estaban cubiertos por cortinas
de algodón, desde luego sin puertas ni
ventanas. Viste dos caballetes bastante
viejos. En una esquina estaba una me-
sita con una jaula encima, dentro había
una iguana. Contra la pared había una
mesa abarrotada de cosas que tú supu-
siste eran sus materiales de trabajo. Él
te condujo hacia la iguana, que se dedi-
có a ignorarlos de manera olímpica.

—Ésta me la traje de tu país cuando
llevé mis cuadros a la exposición del
Poliforum Cultural Siqueiros. Estaba
chiquitica, la enredé en mi sudadera
y así la traje. Aquí creció y la estoy
engordando por si en algún momen-
to arrecia el hambre —dijo en un tono
travieso.

No entendías nada de nada, te pre-
guntabas si no había de esos bichos
en Cuba y si de veras iba a comérsela.
De que las cosas iban mal en la isla no
cabía la menor duda. Pero por qué te
decía eso a ti.

—Me dí cuenta de que se te vinieron
los colores con la pintura del árbol y
el caballo... Hay cosas que tienen que
suceder, ni hay que hablar. Quiero que

veas una carpeta de apuntes mientras
bajo a ver la telenovela —murmuró
dándote pequeños golpecitos sobre el
hombro.

De entre las pinturas que estaban
recargadas en una de las patas de la
mesa sacó una enorme libreta de pa-
pel como de estraza, cosida con es-
tambre, y la colocó sobre el tablón,
con un gesto te indicó que la abrieras,
mientras él se daba la vuelta y bajaba
ruidosamente por la escalera metálica
hacia la recámara del televisor.

Obedeciste sintiéndote estúpida.
¿Por qué siempre haces lo que
te dicen? Mientras luchabas contigo
misma y repasaste lo que acababa de
suceder, deslizabas la vista de mane-
ra superficial por encima de las hojas.
Te sentías profundamente incómoda
y fuera de lugar, querías desaparecer,
pero seguiste hojeando el cuaderno.
De pronto, reconociste un boceto al
pastel del cuadro que te había impre-
sionado. El jígüe que iba a convertirse
en caballo tiene los rasgos Fidel Cas-
tro algunos años más joven, es una
especie de retrato en color índigo. Te
intriga y pasas una hoja y luego la si-
guiente, es un estudio del cuerpo de
un hombre, una espalda amplia, de
musculatura fuerte, hombros anchos

y cintura breve, nalgas firmes y largas piernas; en la página siguiente aparece el hombre de frente, el pecho cubierto de vello que remata en un formidable pene erecto, se trata de una serie de bocetos sobre la transformación del jigüe-Fidel-caballo y la seducción al árbol-zihuapa. Quieres imaginártelo de pie frente a ti, tus dedos recorriendo suavemente el miembro hasta el glande, para lamerlo y degustarlo como helado del Coppelia, deseas que el jigüe te arranque la ropa y te penetre, que te ensarte con su fuerza y te tome de las nalgas y la espalda en un arrullo vertical que resople en tus oídos. Crees escuchar algo, das un salto, te vuelves, nada, sólo el vacío en el estómago y el aguijón en tu pubis; pasas la siguiente hoja, la mujer árbol de espaldas a él se deja penetrar sin doblarse para seguir escuchando los jadeos roncacos del jigüe Fidel, el vaho, la respiración entrecortada, la humedad; por la espalda te toman unos brazos mullidos y musculosos que nunca te permiten dar la vuelta, al principio supones que es el pintor, pero no, él tiene los brazos huesudos, estás demasiado exitada como para oponer resistencia y te dejas sentir, tienes la piel erizada por el aliento del desconoci-

do que te acaricia con suavidad; cierras los ojos y por inercia pasas a otra página, al abrirlos la zihuapa aparece bajo el hombrequino a galope tendido, los brazos largos del árbol hacen de rienda y brida, las manos del jigüe prendidas de los senos de ceiba tibia, azul, verde, en movimientos lúbricos, añil, glaucos, y olores a selva, celeste, esmeralda, frutas lujuriosas, azul marino, una mano acaricia tu pubis, el botón hinchado y palpitante, apenas apoya el índice y el cordial; el palpitarse acelera, quieres girarte para verlo, no te lo permite, te fundes con el jigüe y la zihuapa y dentro de ti se revienta un globo-de-pequeñísimos-peces-verdeazules-que-te-recorren-en-espasmos-como-escalofríos-de-arriba-abajo-deabajoarribaahahah, en silencio, sólo la respiración desacompasada, el latido del pubis, el redoble en el pecho. Se te nubla la vista. No entiendes, pero te dejas ir quizá por primera vez en tu vida. Ya no necesitas ninguna cita para conocer a Fidel, acabas de ser tocada por su imagen, por el calor de su isla, por el fervor de Ever, por esas manos abiertas con dedos fuertes y romos de uñas cuadradas, que acaba de convertirme al *fidelismo revolucionario*. Tomas aire, te tiemblan las piernas, gi-





ras la página con morbo y dejas escapar una exclamación atajada a tiempo: por primera vez observas el rostro de la zihuapa, sus ojos tienen el mismo verde de los tuyos con esa expresión tan tuya cuando te burlas, la arruga sobre la nariz también te resulta familiar, ese dibujo de la mujerárbol tiene un cierto parecido a ti. Te asustas más, cierras la carpeta de un manotazo, de nuevo quieres desaparecer.

No podías huir, así que bajaste intentando no hacer ruido, te asomaste al pasar por el baño y volviste a entrar para lavarte las manos. No quisiste encender la luz. Te tropezaste con el espejo y te golpeaste la frente, creíste no haber hecho demasiado ruido, pero te oyeron quienes estaban viendo la telenovela; la mano de Ever apareció a un lado de la cortina-puerta y accionó el interruptor. Te miraste, tenías cara de culpa. Te mojaste la cara y el cabello. Aún no sabías que al desnudarte por la noche encontrarías una mancha añil en tu pantaleta. Tu confusión estaría a punto de enloquecerte. Sin embargo, la experiencia te cambiaría la percepción de la vida entera.

Al llegar a la sala, Marco Antonio y Roberto seguían en una de sus discusiones absurdas. María iba reco-

rriendo las paredes galería, supusiste que sería la enésima ronda. Cuando tu amiga te vio, hizo un gesto de sorpresa. Se te acercó y te preguntó si te sentías bien.

—Perfectamente —le mentiste—, ¿por qué?

—No, por nada —susurró—, porque estás muy pálida y como te tardaste en el baño, pensé que la comida pudo haberte hecho daño. Ya iba a subir a ver si no estabas desmayada o algo así.

Sonreíste aliviada, por lo menos María no había podido leer tu gesto y antes no había ido a buscarte.

—Me siento bien, gracias, lo que pasa es que estos dos ya me tienen harta —desviaste su atención—, ¿a ti no? —Ella se limitó a mirar al techo y poner los ojos en blanco.

—¿No te impresiona este silencio? Parece que en la ciudad estuviera vacía y sólo existieran las voces de la tele como la única forma de vida —te preguntó María—, es como algo mágico, ¿no? Lástima que estos dos no se den cuenta de nada. ¿Ves? Bueno, ni modo, debemos hablar con ellos para que le bajen al pleito —dijo molesta. Tú apenas comenzaba a darte cuenta de cuán harta estabas de Marco Antonio, harta hasta la náusea, tanto que no querías

hablar con él ni de su comportamiento ni de nada.

Tras el final feliz de la telenovela, Juan y Ever sugirieron seguirla en *El Nacional*, porque acababa de ser remodelado. Intercambiaste apenas algunas miradas con el pintor, él te sonreía cómplice, pero no volvió a cruzar palabra contigo. Comiste un trocito de torta cubana con mermelada y te bebiste medio mojito, por compromiso. Querías estar en tu habitación y pensar sobre lo que había pasado en silencio. Decidieron tomar taxis separados. Juan tenía que acompañar al pintor a su casa antes de regre-

sar al hotel. Esa noche decidiste que al llegar a México le pedirías el divorcio a Marco Antonio.

—Hasta siempre —te murmuró Ever al despedirse. Y se quedó de pie, junto a Juan, mientras ustedes abordaban el primer turistaxi disponible.

Al alejarte en el auto, te volviste para agradecerle. ¿Agradecerle? Quién sabe, pero tenías la necesidad de mirarlo antes de dejarlo atrás. Pero Ever había desaparecido. A la izquierda de Juan se mecía dulcemente un frondoso jagüey.

—Miren, Ever se convirtió en jagüey, es jigüey —dijiste, aunque para ser honesta, no te habías fijado en el árbol antes.

—Ay vieja, cómo serás romántica —te respondió Marco—, lo que pasa es que se fue a orinar...

Ever y tú nunca volvieron a verse.

Respecto a lo que sucedió en la casa de Ever y tu estancia en la Habana, habías borrado el episodio, hasta el día de hoy, cuando al abrir el internet te encontraste con la noticia de la renuncia de Fidel. Fidel, Fidel, qué tiene Fidel, que toda la mujere te quieren cogel ☹





Carlos de Sigüenza y Góngora:

Conciencia mestiza y mixtura libresca

en su novela *Infortunios de Alonso Ramírez*

44

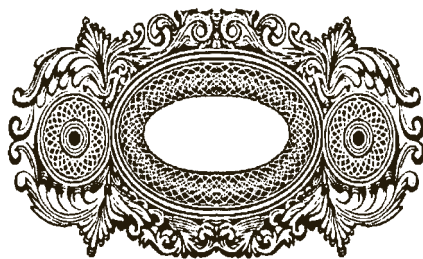


Escrita y publicada en 1690, *Infortunios de Alonso Ramírez* es con justicia considerada la primera novela hispanoamericana por cuanto su autor, don Carlos de Sigüenza y Góngora, no sólo se atrevió a reinventar la realidad colonial en los dominios de la prosa sino que supo transformarla en conciencia histórica. De hecho, en la obra del autor novohispano lo narrado no es un gesto literario pasivo ni premeditado, y tampoco es imitación de algún género o estilo: es una lectura en la que se potencia el destino del individuo colonial al poner en sus manos un gran caudal de información que, bajo un esquema de fabulación, van explicándole las herencias que lo habitan y lo definen. Y aunque para entonces eran más que fehacientes otros intentos de creación novelesca en la España virreinal, o bien ellos se inscribían en lo bucólico-pastoril cancelando la realidad colonial como temática —es el caso del *Siglo de oro en la selvas de Erifile* (1585) de Balbuena y *Los sirgueros de la virgen sin original pecado* (1620) de Francisco Bramón—, o desgraciadamente no vieron la luz editorial sino hasta muchos años después

—tal y como sucede con *El carnero de Bogotá* de Juan Rodríguez Freile que, redactado en 1636, fue editado en el siglo XIX—. Es, pues, todo ello lo que permite establecer con mayor firmeza que en la novela de don Carlos se celebra el más especial de los momentos narrativos del barroco americano dado que, en efecto, en sus páginas se consagra el nacimiento no de la forma española de imaginar el mundo colonial sino, sobre todo y ante todo, de una manera de imaginarse colonialmente dentro del mundo español.

El propósito de mi estudio queda, entonces, anunciado: establecer que en la novela de Sigüenza se nos introduce a una gran historia de la literatura occidental y, asimismo, que es justamente la impresión de estar transitando por una enciclopedia de letras eurocristianas lo que hace más nítida la especificidad hispanoamericana del libro. El objetivo primordial es, en un sentido muy amplio, demostrar que don Carlos busca provocar la entrada de Hispanoamérica en la historia universal, sí, pero por los senderos de la ficción antes que por los intrincados vericuetos del tratado filosófico o so-

ciohistórico —fórmulas reflexivas que, por lo demás, también ejercitó el erudito mexicano a lo largo de su vida—. Con tal finalidad en la mente, propongo un esquema de reflexiones tripartito: la primera escala interpretativa develará el inventario de las imágenes de viajeros que don Carlos ha tomado de los clásicos griegos y latinos para construir su personaje; el segundo momento de mi análisis apuntará hacia la (re)elaboración del tema del viaje en una Edad Media también muy presente en el *Infortunios de Alonso Ramírez*; finalmente, el último punto de mi esquema se situará en la actualidad de las letras españolas del tiempo de Sigüenza y en el acercamiento a los rasgos de la picaresca que parecen modelar las coordenadas psicológicas de Alonso. Sin adelantar las explicaciones, será sólo hasta la llegada de esta última reflexión cuando me veré en condiciones de observar que lo picaresco en Sigüenza es un simple espejismo estilístico y que, en el contexto de esa gran historia de las letras de Occidente que subyace en su novela, tales ecos genéricos sirven de puerta de entrada y de salida para alejarnos de lo exclusivamente peninsular mientras se nos va introduciendo en una escritura única, inusitada y ya irrepetiblemente hispanoamericana.



Literatura e identidad y la identidad de lo literario

Al querer discutir las distancias entre lo peninsular y lo americano en el terreno de la prosa, se observa que la novela de don Carlos apunta muy españolamente hacia el pasado de Occidente. Echando mano aquí a las ideas de Arturo Uslar Pietri en sus estudios *La creación del Nuevo Mundo* o *La invención de América mestiza*, Sigüenza intuyó —e intuyó muy bien— que las geografías culturales en la América española eran subsidiarias de las paradigmas mentales europeos: nuestro “estar en el mundo” fue, desde las épocas coloniales, una nueva experiencia de lo occidental en tanto que representaba una nueva forma de ser español. Y es, pues, de esta manera que se allana el terreno sobre el que don Carlos edificará su enciclopedia de las letras de Occidente, instalando lo colonial como vertiente ancilar de lo eurocristiano. Así, la piedra clave



de dicha historia de la literatura que se decanta de la novela la representan las continuas intertextualidades a los tópicos de viajeros y, como diría Michel Mollat, a los discursos que las primeras miradas a los llamados mundos nuevos pusieron en marcha. Por la vía de un Alonso aventurero se dejarán escuchar palabras y acciones parecidas a las de Ulises-Odisseo, o a las de un Eneas lamentando a su trágico piloto, Palinuro. Homero y Virgilio, padres de aquella parte de nuestros imaginarios relacionada con los avatares del trashumante, marino o viajero, serán, desde la voz iniciática del censor de el *Infortunios de Alonso Ramírez*, sombras permanentes en la novela. Por si esto fuera poco, en sus páginas se escucharán asimismo los ecos de Apolonio de Rodas y sus *Argonáuticas* —la historia de Jasón y su celebradísima legión de marinos en busca del vello cino de oro— mientras las muchas leyendas y las no menos copiosas reelaboraciones de Perseo y de Alcides-Hércules se adhieren también al texto de don Carlos. En este mismo orden de razonamientos, las descripciones de rutas marítimas y los relatos de exploraciones geográficas apuntan hacia otros autores clásicos como Jenofonte, Aquiles Tacio y Heliodoro (ver Pérez Blan-

co 5-55). Si a este hecho añadimos la experiencia del Sigüenza y Góngora políglota, hombre que conocía y dialogaba familiarmente con los clásicos en el original, la lista de alusiones e influencias sería, por ella misma, digna de un análisis mucho más detallado —y claramente de mayores ambiciones que el mío—. Para el objeto de mi estudio, la primera escala en la edificación de una historia de las letras universales —entiéndase eurocristianas— se ha realizado en el espacio de expresión que Sigüenza ofrece a los autores antiguos. Y, por lo pronto, de ello se desprende la certeza de que el imaginario colonial, a pesar de los procesos de mestizaje e hibridación que seguían vigentes hacia finales del siglo XVII, siguió aproximándose a las experiencias del viaje, fuese de exploración o de descubrimiento, renovando los moldes, las figuras y los símbolos acuñados en aquella nuestra antigüedad grecolatina.

Ahora bien, sumada a la evidencia de los muchos ecos antiguos que habitan en la novela, lo que vendrá después apuntalará nuestra visión de un relato en el que se nos entrega una historia de la literatura occidental. Una vez que los clásicos han dejado su marca en la novela, don Carlos los hace derivar hacia su vertiente medieval de la que en su

momento procederá a la extracción de las huellas de identidad de la imaginación española. A la espera de la llegada de esto último, las primeras palabras de Alonso reviven los muchos siglos de historias medievales que, al tiempo que se inscribían en el antiguo típico de la jornada marítima, exhibían ya una franca conciencia cristiana. De hecho, la distancia recorrida entre los clásicos antiguos y los medievales queda expuesta en la constatación de que el *Infortunios de Alonso Ramírez* se ha transformado en una especie de *Eneida* cristianizada. Para fundamento de lo anterior recordemos uno de los párrafos iniciales del texto en el cual nuestro personaje nos habla muy a las claras de su catoliquísima visión del mundo; en el fragmento siguiente se podrá cotejar, además, una especie de retablo de la Sagrada Familia:

Llamásoe mi padre Lucas de Villame, y, aunque ignoro el lugar de su nacimiento, cónstame, porque varias veces se le oía, que era andaluz, y sé muy bien haber nacido mi madre en la misma ciudad de Puerto Rico, y es su nombre Ana Ramírez, a cuya cristiandad le debí en mi niñez lo que los pobres sólo le pueden dar a sus hijos, que son consejos para inclinarlos a la virtud.

Era mi padre carpintero de ribera e impúsome (en cuanto permitía mi edad) al propio ejercicio... (*Infortunios* 75)

A partir de aquí, el texto de Sigüenza exhibirá muchos de los elementos del tópico medieval del *homo viator* en el cual deambular por geografías desconocidas significaba realizar un ejercicio de introspección de corte claramente cristiano. Por lo tanto, las reminiscencias religiosas presentes en el libro de don Carlos hacen pensar en textos como *El viaje de San Brandán* (1106) del Abad Benito, o en *Los viajes y los Libros de Maravillas* (1357) de Marco Polo y Jehan de Mandeville en los siglos XIII y XIV, respectivamente. Incluso, sin forzar mucho en el análisis, *La Comedia* de Dante Alighieri también circunda las páginas del *Infortunios*. Los valores cristianos desplegados desde el inicio por el personaje de Alonso aluden también a un género muy en boga en el siglo de Sigüenza, es decir, a la novela bizantina conocida a finales del XVI y durante todo el XVII como los libros de aventuras peregrinas —Cervantes y algunas de sus *Novelas ejemplares*, Lope de Vega con *El peregrino en su patria* y aun Gracián con *El crítico*— sirven de rápido ejemplo a lo antes expuesto—. Si con los antiguos habíamos iniciado el viaje por los ámbitos del gran palimpsesto de las letras occidentales, con los clásicos medievales concluimos una segunda etapa un tanto más específi-





ca por cuanto el tópico del viajero se dirige ya, por la vía de este *homo viator* medieval, a los moldes de una imaginación ya más específicamente española —y olvidar aquí al mejor de todos nuestros viajeros por venir, a don Quijote (di)vagando por la geografía de su singular locura, sería, sin duda, mucho olvidar.

Como puede observarse, Sigüenza y Góngora ha practicado un muy especial recorrido desde nuestros orígenes clásicos hasta la imaginación medieval europea. A partir de ahora, procederá a extraer de lo medieval las huellas de identidad de la literatura en nuestra lengua. Para el efecto, ha elegido el género español por excelencia: la picaresca. Tal y como se observa en las páginas de la novela, Alonso cambia continuamente de oficio y de amo en su lucha por la sobrevivencia; en la primera parte de su vida, es decir, antes de ser apresado por piratas en el Pacífico, ha trabajado como carpintero, albañil, arriero, criado de mercader, marinero y capitán de barco; después, para salvar el pellejo, y estando ya a merced de los corsarios ingleses, será también un sastre improvisado, avezado marino, mal cocinero y hasta barbero. Sin embargo, el *Infortunios de Alonso Ramírez* es, si seguimos al pie de la letra a los más destacados

estudiosos del pícaro —Alexander A. Parker, Francisco Rico, Juan de Ontañón, Enrique Tierno Galván, por ejemplo—, una realidad literaria que sólo a medias se acerca a las búsquedas de *El Lazarillo*, *El buscón*, el *Guzmán de Alfarache*, *La pícara Justina* o el *Estebanillo González*. Estamos, sin duda, ante un *arte allusivo* que es otro modo de llamar aquellos recursos retóricos de la *oppositio in imitando* o de la *coincidentia oppositorum* debido a que esta inscripción en el molde picaresco es sólo aparente. Sin que sea mi propósito detallar la estructura de un texto picaresco, en términos generales puede establecerse que si Alonso Ramírez conoce a sus padres, que si su deambular por el orbe hispano está desprovisto de tragicómicas burlas hacia sus semejantes, y que si la novela carece de los regocijos lingüísticos a lo Quevedo —recordemos rápidamente aquella batalla naval de *El buscón*—, es porque estamos, en sentido estricto, ante un texto que no busca habitar la construcción picaresca sino simplemente afirmarla como herencia y, por tanto, como abstracción. Por la vía de esta alusión genérica Sigüenza manifiesta su intención de presentar el *Infortunios* como una obra que dialoga con todas las herencias que han participado de las formas hispánicas de

imaginar la realidad, y nada más. Para don Carlos, las circunstancias sociales que inspiraron al autor anónimo del *Lazarillo* no han sido las nuestras o no ocupan vértices paralelos en el *estar en el mundo colonial*. Al no hablar a las claras de nuestra experiencia de la gran realidad social de la colonia —al menos no con integridad—, los síntomas de la picaresca muy pronto se revelarán como artificio, como una especie de *literariedad* sin consecuencias. Y es dicha circunstancia lo que impide a lo picaresco transformarse en hecho estético asumiendo su condición de abstracción referencial que, por lo demás, no buscó hostigar la matriz original sino señalarla como denominación de origen.

Es de esta forma que Sigüenza y Góngora ha decidido construirle límites a todas aquellas nociones de *lo colonial* que históricamente habían venido siendo definidas desde la metrópoli. Ciertamente que en la Colonia somos España, que en los virreynatos somos Medievo y Antigüedad, parece decir don Carlos con su *arte allusivo*, pero lo somos de otra manera debido a que las formas de reinventar la realidad en nuestras latitudes testimoniaron un nuevo avatar de la escritura tras el viaje de Colón y el encuentro con el mundo indígena. El nacimiento del

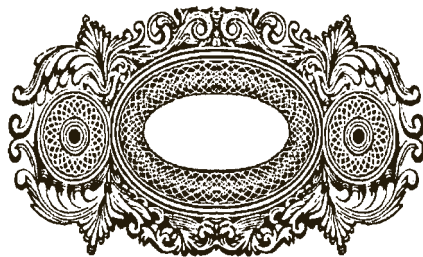
mundo trasatlántico exhibe otro signo histórico y, por lo tanto, la escritura que lo suceda ha de dar paso a nuevas lógicas de transformar la vida en ficción, y todo ello ha de realizarse de la misma manera que España, a pesar de ser subsidiaria del universo cultural eurocristiano, supo en su momento exhibirse autónoma de las demás literaturas nacionales a través de géneros como la picaresca.

La enciclopedia de las letras occidentales que habita en el *Infortunio de Alonso Ramírez* da entonces el paso hacia las fórmulas discursivas que animaron la exploración y el conocimiento del Nuevo Mundo. De hecho, en esta novela encuentran expresión casi todos los moldes literarios que acompañaron las primeras descripciones coloniales. Primero que nada con los Diarios de viaje, de Colón, o con *Las memorias del Almirante*, escrita por su hijo Hernando; don Carlos de Sigüenza y Góngora rescata, además, muchas de las estrategias de la memoria desplegadas en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, en la *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, de fray Ramón Pané —primer misionero y etnólogo de América—, en la *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río grande de las Amazonas*, del cronista dominico Fray Gaspar de Carvajal, y en las *Cróni-*



cas del Perú de Pedro de Cieza de León. Este tipo de descripciones presentes en la obra de Sigüenza activan dinámicos paralelos a las vías en que la palabra escrita se convirtió en pasado histórico en *La Florida del Inca*, del Inca Garcilaso, en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, en los Naufragios, de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, en la *Historia de las Indias y Conquista de México*, de López de Gómara. Todos ellos imprimen en el texto de Sigüenza las lógicas que dominaron la literarización del descubrimiento, la conquista y la colonización de América. En este mismo tenor podría decirse que las constantes desgracias de Alonso, así como los asesinatos y la violencia que observa en sus captores, conminan a visitar *Crónica de la expedición de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre* de Francisco Vázquez y aun *La historia de la monja Alférez, Catalina de Erauso, escrita por ella misma*. Por si esto fuera poco, a los libros de viajes, a los textos testimoniales de la conquista y a las crónicas indianas sobre el traslado de los valores europeos al Nuevo Mundo, se sumará un nuevo tipo de referencias: las discusiones religiosas y las querellas ecuménicas sobre la humanidad de los indígenas. Efectivamente, son muy vivas e intensas las llamadas que don

Carlos hace en su novela a los textos del padre Las Casas —como el *Unico vocationis modo* y la *Brevísima*—, a Francisco de Vittoria —*De indiis*— tanto como a su refutador Juan Ginés de Sepúlveda: ¿no dice acaso nuestra personaje, ya en el último capítulo de la obra, “que era impiedad matar aquellos pobres” indios sin antes haber intentado “su reducción al gremio de la iglesia católica”? (122).



Conclusiones:

Ahora bien, todas estas escrituras ya no son ni abstracción ni mensajes vacíos, como en su momento vimos que ocurría con varios elementos de la tradición literaria de España revisitados por don Carlos: fueron experiencia del contacto entre dos mundos y, por tanto, adquirieron la posibilidad de transformarse en un rasgo vivísimo y necesario de las nacientes literaturas coloniales. Asimismo, para Sigüenza y Góngora ésta tanto como cualquier otra manifestación cultural en su época tenía que legitimar el que-

rer decirlo todo en todo momento: el conjugar los géneros, el fundir los estilos, el desbaratar las barreras entre lo canónico y lo inusitado o entre lo dogmático y lo liberal. Era suya la convicción de poder reinventar la vida haciendo recurso a toda idea, noción, estilo y voz puestos por la historia de *todo lo español* al alcance del individuo virreinal. Y aquí no está de más recordar que Sigüenza fue poeta, matemático, astrónomo, historiador, geógrafo —cartógrafo e hidrógrafo— y sacerdote. Fue, sin duda, el *poeta doctus* trasladado desde la antigüedad al Barroco mexicano pues todo o casi todo lo que su época le ofrecía por conocer, quiso saberlo y entenderlo. Sus estudios sobre los más variados aspectos de la realidad exhiben aún tal profundidad de alcances y tal policromía de reflexiones, que no es muy aventurado presentir que en su persona se daban cita los rasgos más distintivos de la *forma mentis* del México colonial. Caer en la cuenta de ello significa, pues, reconocer en que en sus obras subyace una más que natural disposición a conjugar todas las realidades que integraban el “saber” de su época. Otro rápido ejemplo de ello lo representa aquel arco triunfal escrito para honrar la entrada pública a la Ciudad de México del vigésimo quinto Virrey de la Nueva España, el Conde

de Paredes y Marqués de la Laguna; en la descripción de dicho monumento —que alcanzaría después el título de *Teatro de virtudes políticas*— don Carlos se supo siempre con las manos lo suficientemente libres como para enlazar elementos bíblicos con fragmentos de mitología griega mientras conciliaba en el interior de tales sistemas de símbolos algunas representaciones del panteón azteca. Por ello, por los muchos saberes que en él se concitaban y, sobre todo, por lo mucho que se cuestionaba la marcha de su mundo, respiró don Carlos un último aliento barroco que en él era ya el anuncio de una modernidad de otro cuño, de ésa que menos de un siglo después habría de recibir el nombre de *Ilustración* y que en el autor novohispano encuentra hoy anticipadas resonancias dado que descreía de formas estéticas deshabitadas de afanes explicativos. Tal pareciera, por ello, que en el *Infatunios de Alonso Ramírez* don Carlos no podía hacer más allá de lo que hizo: explicar que nuestra primera experiencia narrativa debía ejercitar la habilidad para conjugar todos los momentos de la literatura española heredados en la realidad colonial, los anteriores al descubrimiento de América tanto como aquellos que sólo se explican en el *aquí* y en el *ahora* de los virreina-





tos. En suma, este libro de don Carlos representa la primera novela de Hispanoamérica por cuanto su mixtura libresca evidencia el nacimiento de una identidad literaria que, polimorfa desde su alumbramiento, se concreta en la suma de géneros, en la multiplicidad de rostros escriturales, en el estilo de un no tener estilo que decía Carpentier en sus *Tientos y diferencias* y que no es sino una manera de explicar que en nuestras geografías todo fue hibridación y mestizaje, además de la literatura. Sin pretenderlo, pero sin ignorarlo por completo, don Carlos manifestó que la autonomía identitaria de cualquier sociedad había de iniciar en el espacio privilegiado del ser hecho ficción, de un imaginario Alonso Ramírez que salva la vida a bordo de un bote cuyos marinos —personajes indios, personajes negros, personajes españoles— ya no vienen a dejar sus culturas en el Nuevo Mundo, sino a ratificar que Hispanoamérica les pertenece porque ya reconocen en ella las herencias africanas, indígenas y europeas que la definen.

Por último, no puede quedar sin mención que esta realidad tan plenamente imaginada supo llegar al papel

en un tiempo nada propicio ni para la lectura ni para la escritura de los relatos de ficción. Este texto de Sigüenza alcanzó su publicación en una época en que la literatura y la fe eran, como quien dice, las dos únicas alas permitidas al vuelo de la palabra escrita. Y si bien es cierto, como nos lo explica Irving A. Leonard, que en el Nuevo Mundo hubo quien leía de todo —recordemos el “extraño caso de Melchor Pérez de Soto” (131) que nos entrega el estudioso—, no es menos cierto que hubo también quien murió en los calabozos de la Inquisición precisamente por haberlo intentado. Así, al volver a recordar, ahora junto a Mariano Picón Salas, que el Santo Oficio sí ejerció en las colonias la más “restrictiva policía contra la cultura intelectual” (118), el mérito de Sigüenza en *Infortunios de Alonso Ramírez* parece doble: haber leído todo lo de España desde la Nueva España y, por si fuera poco, haber dado a la imprenta virreinal una obra que pasaba no sólo por “novedad deliciosa” (*Infortunios* 69) sino también por el hito de una prosa en la que, por fin, el Atlántico quedase fundido para siempre en la definición de lo hispano americano ◉

Blues en una taza de café

Para Alfonso Alducin

De verdad mujer, cuando recuerdo mi época trabajando de mesero me enojo, aunque son más veces en las que sonrío. Fue un 9 de febrero, en el 98, todavía me acuerdo, no tenía nada qué hacer en el restaurante y leía el periódico. En primera plana, el Mick Jagger casi comiéndose el micrófono. Traía un saco rojo y una playera negra. Creo que tú ni llegabas a los 18, bueno, ni te conocía, pero si fuera así, sí te hubiera llevado, nena.

Please allow me to introduce myself / Im a man of wealth and taste / Ive been around for a long, long year / Stole many a mans soul and faith / And I was round when Jesus Christ / Had his moment of doubt and pain

De haber sabido lo molesto que es el ruido de Tlalpan, mejor pido una habitación de las de adentro. ¿Quieres otro cigarro? Los Rucolling llegaron a mi vida por unos grandes amigos que hace mucho dejé de ver: los Herrera Ortega. Aunque la verdad, mi gusto por el *rock and roll* y los *Beatles* se lo debo a mi padre. Lo chido con los Herrera Ortega, era que cuando armaban una fiesta siempre ponían rolas de los *Rolling* y ellos las cantaban —todas— le ponían pasión. Y desde allí comencé escuchar a los *Stones*.

Pleased to meet you / Hope you guess my name / But whats puzzling you is the nature of my game

Qué bien haces el amor, sabes moverte. Ahora escucha esta canción. Quién iba a decir que podías traer en un celular toda la discografía de los *Stones*. Cuando terminé de leer las reseñas del concierto que Jagger, Richards, Watts y Wood habían dado dos días atrás, recordé a los Herrera Ortega, seguramente ellos sí fueron, y en primera fila debieron haber estado. Por ese entonces andaba escaso de dinero, es más, no tenía ni lo de mi pasaje de vuelta a casa. El negocio de mesero no iba muy bien. Así que le pedí dinero prestado a varios compañeros para juntar para mi boleto. Junté 350 pesos. El boleto más barato era de 250 pesos, así que con los 100 que sobraban, me compraría una playera para recordar, bueno, y para comprarme un refresco.





*Let me please introduce myself / Im a man of wealth and taste / And I laid traps for
troubadours / Who get killed before they reached Bombay / Pleased to meet you hope
you guessed my name, oh yeah / But whats puzzling you / Is the nature of my game, oh
yeah, get down, baby /*

¿Entonces a tu esposo ya no le gusta tener relaciones contigo? ¿No andará con otra? No entiendo. Eres bonita, pareces modelo, en pocas palabras, estás que te caes de buena. ¡Pinches carros, ya me tienen hasta la madre! Igual ni nos dejan dormir. Ah, sí, luego llegué a la taquilla del Foro Sol y cual va siendo mi sorpresa: ya sólo quedaban boletos de 340. Lo compré. Ni playera, ni refresco. Caminé hasta la entrada del Foro, que estaba bastante lejos de la taquilla y, durante el trayecto había varias tarimas de los patrocinadores y las emisoras radiofónicas. Pasé el primer templete sin detenerme y al llegar al segundo, tenían un buen relajo. De pronto, salió disparado un trapo blanco, cayó exactamente en mis manos, lo desenrollé y allí estaba plasmada la lengua roja que durante mucho tiempo intenté tatuar en mi espalda. La playera encajó perfecta en mi cuerpo escuálido. Seguí caminando.

*Pleased to meet you / Hope you guessed my name, oh yeah / But whats confusing
you / Is just the nature of my game / Just as every cop is a criminal / And all the
sinners saints*

Cuando llegué a la entrada vi que había una tarima pequeña, como de unos cuatro por cuatro metros, con unos instrumentos tapados por unas sábanas negras de terciopelo. Seguramente allí tocaría el Tri, nuestros *Rolling* región cuatro: totonaca mexicana. El encargado de llevarme hasta mi lugar, me dejó justo al lado de esta tarima, allí me recargué para esperar a que comenzara el concierto. El Tri, de México, como ellos se hacen llamar, salió a cantar, en el escenario principal, las mismas canciones de siempre. Muchos se levantaron a verlos, pero yo guardé energías para gritar y cantar para cuando salieran los *Stones*. ¿Te gustan las porno? Son la mejor escuela. Bueno, mejor al rato, deja que termine de platicarte.

*As heads is tails / Just call me Lucifer / cause Im in need of some restraint / So if
you meet me / Have some courtesy / Have some sympathy, and some taste / Use all
your well-learned politesse / Or Ill lay your soul to waste, um yeah*

Y por fin, Keith Richards sonó su guitarra. Ese güey sí que se la sabe. Sus dedos pisaban los acordes de *Jumpin' Jack Flash*, se veían clarito en la pantalla que estaba arriba del escenario. Hasta comencé a chillar. Me valió gorro que me vieran. Canté cada una de las canciones, hasta las del nuevo álbum, como lo hacían los Herrera Ortega en sus fiestas. Chiflé, grité, aullé con todo. El Jagger, con todo y lo ruco, estaba salte y salte, corre y corre por todo el escenario hasta que llegó el descanso del medio tiempo y yo me recargué en la tarima que estaba a mi lado. Me gusta tu cuerpo, está bien suavcito, huele rico. ¿Quieres otra cerveza?

Ya, el último cigarro y la última cerveza, antes de que se caliente. ¿Entonces qué, ponemos una porno y jugamos al que alce la mano la alza el de atrás? Sigo sin entender a tu marido, no sabe de lo que se pierde. El sabor de tu piel es dulce. Se me va a volver vicio. Déjame ir un poco más abajo. Ve, ya hasta se me hizo agua la boca. Al llegar el intermedio del concierto tenía la boca seca, más por toda la banda que había quemado mota. Las luces se apagaron y un tambor comenzó a sonar, luego se oyó como una maquinaria.

But whats puzzling you / Is the nature of my game, um mean it, get down / Woo, who

De pronto el escenario se tornó de color rojo y de la parte trasera salió un puente que cayó sobre la tarima en la que me recargaba. Los instrumentos ya no tenían las sábanas de terciopelo negro.

Tell me baby, whats my name / Tell me honey, can ya guess my name / Tell me baby, whats my name / I tell you one time, youre to blame

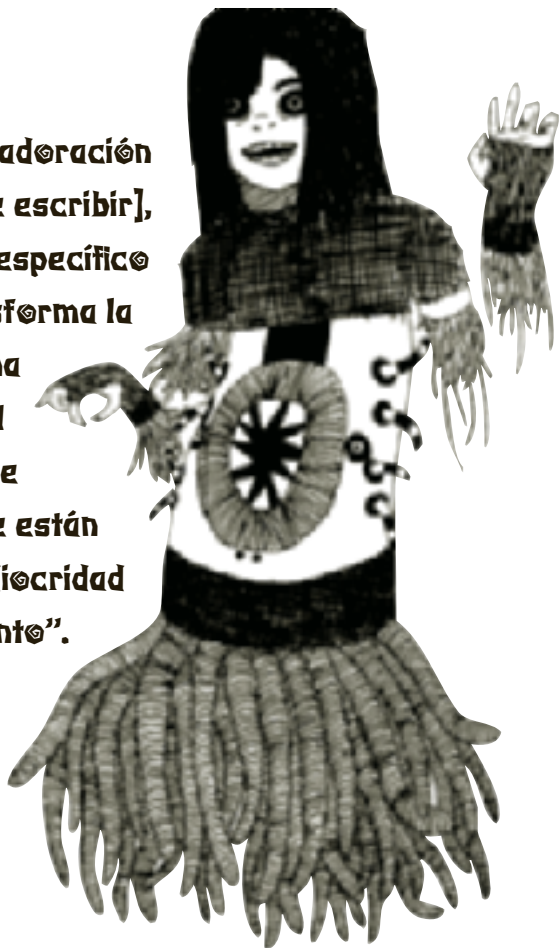
Los *Stones* comenzaron a cruzar por el puente y al pasar justo frente a mí, las manos de Mick, Keith, Ron y Charlie chocaron con la mía. Después me senté y escuché *Sympathy for the devil*, sólo para mí, a escasos dos metros. Te juro que sentí que los *Rolling* sólo tocaban para mí. Esa noche regresé caminando a mi casa, no estaba lejos. Y, a los compañeros que me prestaron la lana para el concierto, les pagué, tarde pero les pagué. Y ya. ¿Lista? Tú apaga la luz y yo prendo la tele. Ven para acá, que aún no me lleno. Ven para acá nena, que quiero comerte. *I can't get no satisfaction* 🎵





**“Creo que esta adoración
del oficio [de escribir],
este respeto específico
por el oficio, transforma la
literatura en una
iglesia para el
enorme número de
escritores que están
entre la mediocridad
y el talento”.**

Norman Mailer



“La verdad no desvía a nadie de su camino”.

Émile Zola

Alejarse

57



La mujer estaba acostada boca arriba.
A todo lo café le llamaba sepia


-La palabra café es más agresiva
y menos sonora, sepia es más dulce.



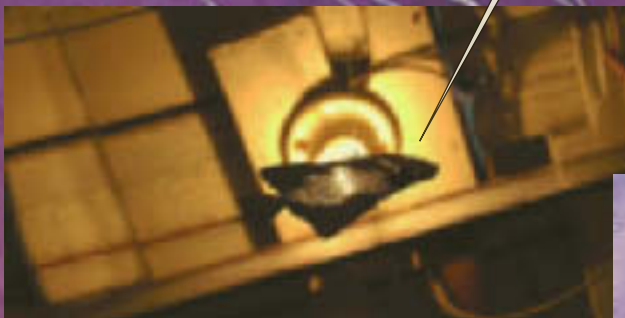
Miró el techo. Todo era blanco. Sus manos bajaron por su abdomen. Sintió frío en los senos. Siguió mirando las paredes blancas. Sus fantasías eran blancas.



-Porque el blanco encierra todos los colores.





Sus manos continuaron bajando, recorrieron las sábanas y luego descendieron por sus cabellos de noche, así le había elogiado él, a su largo cabello.




Apenas movió lentamente el cuerpo. Su cabeza colgó libremente.





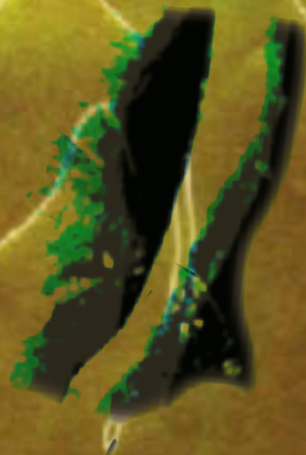
Sus cabellos al sentirse libres,
-así le había vaticinado él-
comenzaron a bajar hacia la
alfombra y luego a subir de
nuevo lo mismo que sus manos.




-No, no lo amo. Lo conozco desde hace
diez años, pero no, no le amo.

Ahora, con la cabeza colgando
pudo terminar su recorrido
por los rincones blancos
de la habitación.

Hasta la perilla de la puerta
era blanca. Se sintió flotar.





Sus cabellos eran una marejada negra. Sólo el mar puede calmar eso que bulle dentro de ella, pero esta sentencia ya no la pudo decir él.

Sus cabellos comenzaron a bajar y subir cada vez más lejos. Miró sus pezones rosa-oscuro, le había dicho él, -sepias, corrigió ella.

Su anillo de mariposa fue lo primero que cayó.


63

Luego los demás objetos se precipitaron al piso blanco en cuyo centro quedó aplastado el foco.

SEPIA
SEPIA
SEPIA

Dio un giro y la cama se vino abajo-arriba.

Ella, siempre boca arriba, simplemente movió sus aletas y se alejó de la habitación.



EL MIEDO HORROROSO HACÍA YA DUDAR DE LAS PALABRAS
DEL VATICINADOR CALCAS,
CUANDO, A LA VOZ DEL DIOS DE DELOS, SE CORTAN Y DESPEÑAN
LAS CUMBRES DEL IDA.
LOS TRONCHADOS ROBLES EN MASA SE DERRUMBAN
Y DE UN AMENAZADOR CABALLO LA FORMA TOMAN.
ALLÍ SE CAVA UN INMENSO ANTRO Y UNAS PROFUNDAS CAVERNAS
CAPACES DE DAR CABIDA A TODO UN EJERCITO.
ALLÍ SE OCULTA LA FURIA, POR DIEZ AÑOS DE COMBATE CONTENIDA:
EN EL ESCONDITE SE APIÑAN, EN ESTA OFRENDA SE CELAN
LOS TRES FUERTES HIJOS DE DÁNAO.

PETRONIO, “EL SATIRICÓN”, CAP 89

**¡El gozo tiene
las mismas
lágrimas
que el terror!**

Petronio

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

dc • eu

difusión cultural • extensión universitaria

